

Malaika se encuentra en estado de shock pues jamás hubiera imaginado que podría llegar a encontrarse en un situación tan comprometida.

Resulta que mientras entablaba conversación tranquilamente con una chica Nigeriana para saber si había alguna posibilidad de salvarle la vida, el marido de su hermana se les había acercado.

Una sangre helada, pues fría ya tenía que tenerla para encontrarse allí haciendo lo que hacía, se había apoderado de su espíritu.

Era tarde y ya no quedaban más chicas por allí, así que tenía el cincuenta por ciento de probabilidad de que le tocara.

Además sabía muy bien que los árabes eran realmente racistas frente a los negros, a los que consideran una raza inferior; aunque luego eso no les impedía tratar de imponerles su religión.

Bueno, al menos todo había ido bien, como de costumbre.

Le había hecho subir a su habitación en la pensión Amador, decorada especialmente para la ocasión.

Allí, durante los dos años que llevaba metido en eso, se había dedicado a colocar todas cuantas fotos de mujeres maltratadas encontraba para inspirarse a la hora de realizar su performance.

Al entrar les preguntaba lo que querían y les cobraba por adelantado.

Entonces, cuando se disponía a guardar el dinero en el bolso, sacaba su pistolita traída de Los Ángeles para la ocasión.

Muy dulcemente les hacía arrodillarse y pedir perdón por sus pecados.

Muchos, la mayoría, terminaban llorando arrepentidos.

Y es que algunos, tal como confesaban, llegaban incluso a tomar el dinero que sus mujeres ganaban limpiando, los muy hijos de mala madre.

Es decir, de mujeres esclavizadas y maltratadas por todo quisque, como las suyas.

En realidad no creía que en esa guerra hubiera buenos y malos, sino fuertes y débiles.

Los hombrecillos que iban allí a pie eran poca cosa, pobres diablos que si no maltrataban físicamente a sus esposas era porque tenían menos fuerza que ellas.

Por eso motivo necesitaban utilizar a aquellas chicas para mantener su hombría a punto.

Ellas se dejaban hacer porque estaban al servicio de un fiero bien musculado que a puñetazos las mantenía firmes sobre los tacones.

Se trataba de una cadena como la de la alimentación, prueba de que el canibalismo había logrado adquirir un matiz más simbólico a través de las religiones monoteístas.

De hecho pasar por la piedra significaba antiguamente sacrificar, como lo hicieron los judíos con Jesucristo por tratar de defender a las prostitutas y el amor frente al sexo.

Pero para los romanos, cuyos antepasados habían sido amantados por una loba, sinónimo de puta, pasar por la piedra consistía en encolar violentamente al enemigo.

Y por eso, a pesar de Cristo, Venus y Marte, el sexo y la guerra, las armas y la prostitución, seguían siendo los verdaderos dioses demoníacos de los hombres.

Así que su labor redentora consistía en calentarles las nalgas y meterles el puño por el ano para que supieran lo que era bueno.

Lo cierto es que tenía éxito, porque todos volvían a repetir después de cierto tiempo.

Se trataba sin duda de una cuestión de justicia, pues el que da golpes, también necesita recibirlos en revancha, de lo contrario su alma se siente pecadora y sufre.

Al fin y al cabo, todas las relaciones sociales se basaban en un toma y daca.

Los que iban de muy machos, tenían siempre en el fondo una parte femenina clamando ser penetrada.

Pero, aún creyendo haber actuado correctamente, se siente conmocionado.